

CUATRO AMIGOS Y MEDIO  
EN...

# El caso de Papá Noel

JOACHIM FRIEDRICH



edebé

# 1

## El «regalito» de Precioso

*Martes, 1 de diciembre*

—**S**i ya lo digo yo siempre. ¡Los chicos sois tontos! Charly abrió los ojos como platos.

—¡Oye, Estefi, no saques las uñas, que yo sólo te he hecho una pregunta!

¡Menuda mentira! Desde que esta mañana le vi por primera vez en el patio del colegio, ha ido detrás de mí como un perrito faldero, dándome la lata. Y ya estábamos en el último recreo. Pero yo aún quería hacerle rabiar un rato más.

—Pues claro que sois tontos. Yo al menos no conozco a ninguna chica que haya pedido por su cumpleaños un juego de ordenador sin tener siquiera un ordenador.

—¡Pero tú sí que tienes ordenador! —exclamó Charly por décima vez en esa mañana—. Y mi her-

mano no me deja ni acercarme al que tenemos en casa. Además, no es sólo un juego de ordenador. Estoy seguro de que nos será muy útil en nuestra agencia de detectives.

—¡Agencia de detectives! ¿Qué agencia de detectives?

Los ojos de Charly se abrieron aún más.

—¡Lo sabes perfectamente! Al fin y al cabo, eres miembro de mi agencia de detectives Charly & Company.

—¡Charly & Company! ¡No me hagas reír! ¿Acaso tienes algún caso que resolver? Además, no creo que con tu nuevo juego uno pueda ser mejor detective.

—¿Y tú cómo lo sabes si todavía no has jugado con él? Va de que hay que perseguir a un delincuente por todo Londres. Y sólo se le puede atrapar si se es un buen detective. Eso al menos pone en la caja.

—¿Qué? ¿Hablando otra vez del juego de ordenador, no? —escuché detrás de mí.

Era Rabanito, mi hermano mellizo. En realidad se llama Óscar, Óscar Rademacher, pero desde que

alguien le dijo que parecía un pequeño rabanito, se quedó con el apodo. Algunas veces me da pena, porque todos los de su clase se meten con él por ser tan bajito. Hasta yo le saco la cabeza, y eso que soy su hermana melliza.

—Oye, Rabanito, ¿no podrías convencer a tu hermana de lo conveniente que sería para Charly & Company probar mi nuevo juego en su ordenador?  
—le rogó Charly.

—Venga, Estefi... —dijo él.

Allí donde surja una discusión, mi hermano intenta poner paz.

—Ya le has hecho sufrir suficiente tiempo. Además, estoy seguro de que a ti también te pica la curiosidad por ver ese juego.

Lo malo de ser hermanos mellizos es que me conoce muy bien.

—Puede ser —contesté yo—. Pero eso no significa que cualquiera pueda tocar mi ordenador.

—¿Cualquiera? —exclamó Charly—. ¿Acaso yo soy cualquiera? ¡Después de todo, piensa que formamos parte del mismo equipo!

—¡Eh, tío, eh! ¿De qué equipo hablas?

Fede se había unido a nosotros. Él es el cuarto miembro de Charly & Company. Su frase favorita es «¡eh, tío, eh!», expresión con la que se dirige a todo el mundo.

—¡De qué equipo va a ser! —suspiró Charly—. Estefi, Rabanito, tú y yo, es decir, Charly & Company.

Ya que Charly no podía hacer el papel de jefe conmigo, tenía que intentarlo con Fede.



Fede puso cara de ofendido.

—¡Eh, tío, eh! Que yo sólo he preguntado. ¡No tienes por qué echarme la bronca por eso! Y encima te has olvidado de Precioso.

Precioso es nuestro perro. En realidad se lo encontró Fede. Pero como no le dejaron tenerlo en casa, porque el piso en el que viven él y su madre es pequeño, decidimos que nos ocuparíamos de él entre todos. Desde entonces vive en la casa de campo que tienen los tíos de Charly, la tía Hilde y el tío Werner.

—No, claro que no me he olvidado de tu estúpido perro —siguió refunfuñando Charly—. Pero esto no le incumbe a Precioso.

No es fácil sacar a Fede de sus casillas, a menos que alguien insulte a Precioso.

—¡Precioso no es estúpido! —exclamó indignado—. ¡Si hay aquí algún estúpido, ése eres tú!

—¡Ya lo creo que es tonto! Desde que está con nosotros intento enseñarle las reglas más básicas del trabajo de detective, pero él ni se entera. ¡Así que es estúpido! ¡Y también es feo!

La cara de Fede se puso roja.

—¡No es verdad! —gritó—. ¡Lo que pasa es que eres demasiado imbécil para enseñarle! Y tampoco es feo. ¡Sólo que tiene un aspecto poco común!

Bueno, no sé muy bien si Charly es más estúpido que Precioso o al revés, pero en una cosa sí que tenía razón Charly: Precioso es feo. Con su oreja mordisqueada, el pelo desgreñado, sus patitas de alambre y sin dos dientes, es probablemente el perro más feo del mundo.

Lo único bonito que tiene es el nombre, y ése se lo pusimos nosotros. Pero precisamente porque es tan feo, le queremos todos tanto. Y en esto Charly no es una excepción, sólo que nunca lo reconocería.

—Pero bueno, ¿qué os pasa? —dijo Rabanito metiéndose por medio—. ¿No tenéis nada mejor que hacer que gritaros uno a otro, o qué?

Fede se cruzó de brazos.

—Yo no he empezado. Y tampoco sé por qué está tan alterado.

—Está enfurruñado porque no quiero dejarle jugar en mi ordenador.

—¡Eh, tío, eh! ¿Otra vez por ese juego de ordenador? Estefi, déjale que lo pruebe; si no, no nos va a dejar tranquilos nunca.

—Eso ya se lo he dicho yo también —dijo Rabinito—. Pero tiene miedo de que se lo rompa.

—¿Y si te prometemos que tendremos mucho cuidado? —lo intentó Charly de nuevo—. Ninguno de nosotros tocará ni un pelo a tu querido ordenador. Incluso puedes guardar tú el juego, así podrás jugar con él cuanto quieras.

—¿De verdad tendréis cuidado? —volví a preguntar—. Mi ordenador es de los caros. Y mis padres aún están protestando por haber tenido que gastarse tanto dinero en él.

Los tres asintieron con las cabezas. Claro, ahí ya volvían a estar de acuerdo.

—Está bien. Por mí podéis venir esta tarde a mi casa. Cuanto antes lo hagamos, mejor. ¡Pero de la Coca-Cola os encargáis vosotros!

—¡Eso está hecho! —exclamó Charly—. Yo puedo traer incluso chocolate y patatas fritas. Sobró un montón de mi fiesta de cumpleaños.



Después del colegio, Rabanito y yo nos fuimos juntos a casa, como siempre. Yo no hablé mucho. Me preguntaba si no había cometido un error. Era la primera vez que dejaba a otra persona acercarse a mi ordenador. Cuando aún tenía el viejo, no me importaba tanto. Pero éste me lo acababan de regalar hacía un par de meses por mi cumpleaños. Había renunciado a todos los demás regalos, había aportado todo el dinero que tenía ahorrado y, aun así, mis padres tuvieron que soltar bastante pasta para cubrir el resto. ¿Y ahora iba a dejar que Rabanito, Charly y Fede jugaran con él? Por otra parte, realmente me apetecía mucho ver el juego que le habían regalado a Charly. Además, así estaría yo presente, pensé. Seguro que no pasaba nada malo.

Como siempre, Charly apareció el primero, cargado con botellas de Coca-Cola, bolsas de patatas fritas y tabletas de chocolate.

—¿Queréis organizar una fiesta? —preguntó mamá cuando cruzamos por el salón.

—No, no, señora Rademacher —contestó Charly—. Sólo queremos probar un nuevo juego de ordenador que me han regalado por mi cumpleaños.

—¡Pues tened mucho cuidado! —nos advirtió mamá—. ¡Estefi, ya sabes lo caro que es ese ordenador!

—¡No te preocupes, no vamos a tirarlo por la ventana! —contesté.

Aún estaba entretenida leyéndome las instrucciones del juego cuando entraron Rabanito y Fede en mi habitación. Fede llevaba a Precioso en brazos, pero en cuanto nos vio a Charly y a mí, no pudo sostenerle más tiempo. Moviendo el rabo y silbando, saltaba alrededor de Charly y de mí.

Precioso es el único perro que conozco que silba en vez de ladrar. Es por el hueco de los dos dientes que le faltan. Cuando está excitado y respira fuerte, se le escapa el aire por ahí y suena igual que si silbara.

Aunque Charly siempre esté criticando a nuestro perro, es precisamente él quien juega más con el animal. No me extrañaría nada si un día se pusieran los dos a mordisquear juntos un hueso.

Cuando terminó el jaleo de la bienvenida, le dimos a Precioso su hueso de goma, que llevamos siem-

pre con nosotros a todas partes, y como un buen perro, se tumbó tranquilamente en un rincón a morder a gusto el asqueroso chisme.



El juego que había traído Charly no estaba nada mal, aunque también era bastante complicado. Había que discurrir un montón, responder preguntas y resolver misiones.

—Es un programa de entrenamiento ideal para detectives —opinaba Charly.

Nos fuimos metiendo cada vez más en el juego y ésa fue nuestra perdición. De los primeros sínto-



mas ni nos dimos cuenta. Precioso había dejado su rincón y andaba entre nuestras piernas de aquí para allá, silbando suavemente por su hueco.

—¡Precioso, no nos molestes! —le regañó Charly—. Que ahora es cuando la cosa se pone seria. ¡Siéntate en tu rincón y muerde tu hueso!

Precioso obedeció en seguida. Pero después volvió a la carga, silbando un poco más alto.

—Creo que quiere hacer pis —dijo Rabanito.

Yo observé a nuestro pequeño amigo más detenidamente. Rabanito tenía razón. Esa mirada de súplica me era familiar.

—Vale —dijo Charly—, ¿quién se ofrece voluntario para ir con él?

Nadie alzó la mano. El juego estaba demasiado interesante.

—Seguro que en seguida damos con la solución y entonces podremos irnos todos con él a la calle —propuse precisamente yo.

Los demás estuvieron de acuerdo.

Sin embargo, por desgracia no estábamos tan cerca de la solución como yo pensaba. Pronto nos olvidamos por completo de Precioso y seguimos jugando. Sólo cuando se puso delante de la puerta gimiendo, volvimos a percatarnos de que todavía estaba ahí.

—Parece que va siendo hora —dijo Fede—. ¿No deberíamos irnos ya? Podemos seguir jugando después.

—Sólo esta última pregunta —contestó Charly—. Y después hacemos una pausa. De todas formas, ya se me están quedando los ojos a cuadros.

La pregunta que nos hizo el programa estuvo rápidamente resuelta. Y justo cuando iba a recoger, ocurrió.

—¡Eh, tío, eh! —gritó Fede—. Precioso...

Yo me levanté con la intención de lanzarme sobre él, pero fue demasiado tarde. Precioso había levantado su patita sobre la torre de mi ordenador, que chorreaba. Horrorizada, vi cómo subían pequeñas nubes de humo de color blanco grisáceo. ¡Olía que apesataba! Pero eso no fue todo. De pronto escuchamos un estallido y nos quedamos a oscuras. Precioso empezó a lloriquear y se fue pitando con el rabo entre las patas a su rincón.

—Eso tiene toda la pinta de haber sido un cortocircuito —dedujo Charly innecesariamente.

Por unos instantes me quedé petrificada del susto. Pero luego grité a todo pulmón:

—¡Precioso, eres un cerdo asqueroso! ¡Has roto mi ordenador!

Si no hubiera sido porque papá entró en la habitación, posiblemente hubiera cogido a esa bola peluda por el cuello.

Mi padre arrugó la cara.

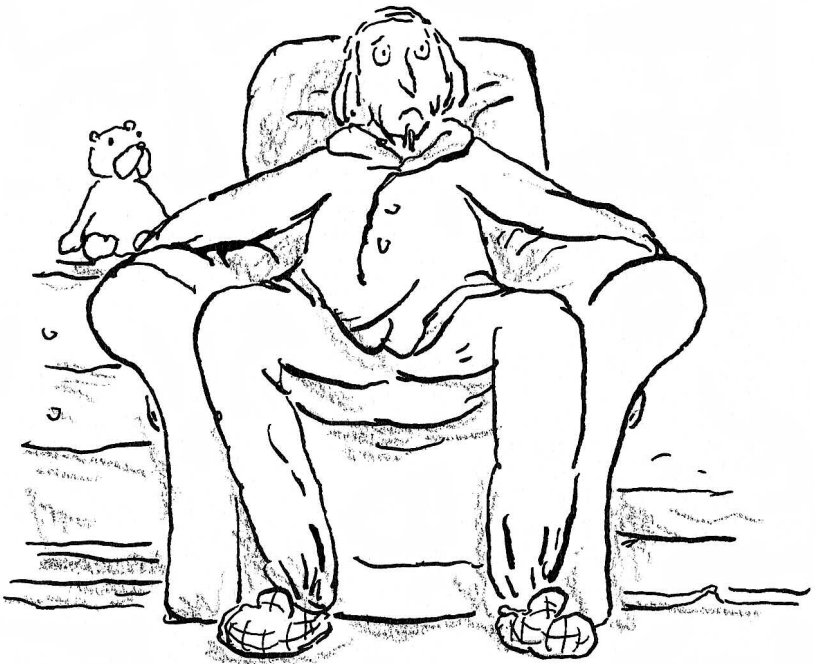
—¡Aquí huele fatal! ¿Qué habéis hecho esta vez?

—Estefi no tiene la culpa, señor Rademacher —me defendió Fede—. Ha sido Precioso. Se... lo ha hecho sobre su ordenador.

—¿Se lo ha hecho? ¿Cómo que se lo ha hecho?

—Bueno, pues eso —contestó Charly—. Que se ha meado.

Papá se dejó caer sobre mi sofá.



—¡Esto es increíble! ¡Pensaba que vuestro superperro estaba bien educado! ¡Si lo hubiera sabido, no entra en esta casa! Ya lo creo que no...

—¡Por favor, papá, no te enfades! —exclamé yo—. Échale un vistazo, a lo mejor todavía funciona.

—Chicos, chicos... —dijo papá moviendo la cabeza—. ¡Hay que ver la que armáis siempre! Está bien, le daré una mirada. Pero antes tengo que ir al sótano. Seguramente habrá saltado algún fusible. Y vosotros desenchufadlo, antes de que ocurra algo más.

Poco después volvimos a tener luz. Cuando papá entró en la habitación de nuevo, seguíamos agrupados alrededor del ordenador sin saber qué hacer.

—En fin, vamos a ver lo que le ha pasado —dijo arrodillándose y girando la torre hacia él.

En ese mismo instante perdí la esperanza de que mi ordenador hubiera sobrevivido al ataque de Precioso sin ningún daño. Las feas y negras huellas de humo sobre la rejilla de ventilación no dejaban lugar a dudas.

—Esto no tiene buen aspecto —dijo papá—. En absoluto. Con un poco de suerte, sólo se habrá es-



tropeado la fuente de alimentación. Pero eso se comprueba abriendo la carcasa, y debería hacerlo un experto. ¡Dios mío! ¡Qué peste! ¿No podéis ir uno de vosotros a por agua y una bayeta para recoger esta porquería?

Rabanito en seguida salió corriendo.

Yo sentía cómo las lágrimas subían disparadas a mis ojos.

—¿Papá, y eso es muy caro?

Papá suspiró.

—Barato seguro que no es.

Yo tragué saliva.

—¿Y qué voy a hacer ahora?

—Yo en tu lugar lo llevaría mañana mismo al distribuidor al que se lo compramos. Él te dirá a cuánto asciende la reparación.

Entre tanto Rabanito había vuelto y limpiaba con cara de asco el «regalito» de Precioso. A veces es un verdadero sol. Charly y Fede estaban al lado, de pie como pasmarotes, sin decir ni una palabra.

Papá se levantó lentamente, se inclinó y me acarició la cabeza.

—Lo siento, pequeña. Pero no olvides nunca que con experiencias como ésta madura uno.

Luego salió de la habitación.

¡Vaya consuelo! Claro que no era de extrañar que papá utilizara la avería de mi ordenador para llevar a cabo su programa educativo. Al fin y al cabo, era profesor.

En cuanto papá cerró la puerta tras de sí, Charly y Fede volvieron a la vida.

—¡Eh, tío, eh! ¡Espero que Precioso no haya recibido ningún latigazo de corriente!

—¡Por mí, como si se ha chamuscado! —dije yo mientras él se lanzaba hacia Precioso para examinarlo.

—No seas tan dura con Precioso —dijo Charly—. El pobre nos avisó con tiempo suficiente.

—Sí, sí, ya lo sé. ¿Pero tenía que escoger precisamente mi ordenador? ¿No podría haber elegido el escritorio o la lámpara de pie?

—¡No está herido! —informó Fede—. Al menos que yo pueda ver. Sólo está muy asustado, mi pobre pequeñín.

—Sí, pobre —contesté yo—. Después de que haya pagado la reparación, yo seré la más pobre de todos, y eso, suponiendo que pueda pagarla.

—¿Tendrás que pagarla tú? —preguntó Fede en voz baja.

—Seguramente. No creo que encima mis padres estén dispuestos a soltar ni una gorda por esto. El ordenador ya costó suficiente.

—¡Sí, olvídale! —confirmó también Rabanito, que conoce a mis padres tan bien como yo—. ¡Mamá y papá no pagarán esto en la vida!

—¿Y tienes tanto dinero? —quiso saber Charly.

—Si la reparación no cuesta más de doce con cincuenta, sí.

—Podríamos juntar todo lo que tenemos —propuso Fede—. Al fin y al cabo, todos hemos tenido algo de culpa y Precioso es de todos.

De buena gana hubiera besado a Fede por esta propuesta. Incluso Charly y Rabanito estuvieron de acuerdo. Debían de tener remordimientos de conciencia.

Tras contar nuestros ahorros, llegamos a la na-

da despreciable cantidad de treinta y ocho con cincuenta.

—No será suficiente —dedujo Fede acertadamente.

Esa noche tuve una pesadilla. En ella Precioso correteaba por nuestra casa silbando y dejando sus «regalitos» por todas partes. Rabanito, Fede, Charly y yo lo perseguíamos. Rabanito llevaba en la mano una grabadora; Charly, un juego de ordenador; yo, un cuchillo, y Fede, un maletín de primeros auxilios, mientras que papá repetía continuamente que tendríamos que pagarlo todo.

### ***Miércoles, 2 de diciembre***

Por suerte papá tenía tiempo esa tarde y aceptó llevarnos con su coche. El ordenador pesaba demasiado para llevarlo a cuestas.

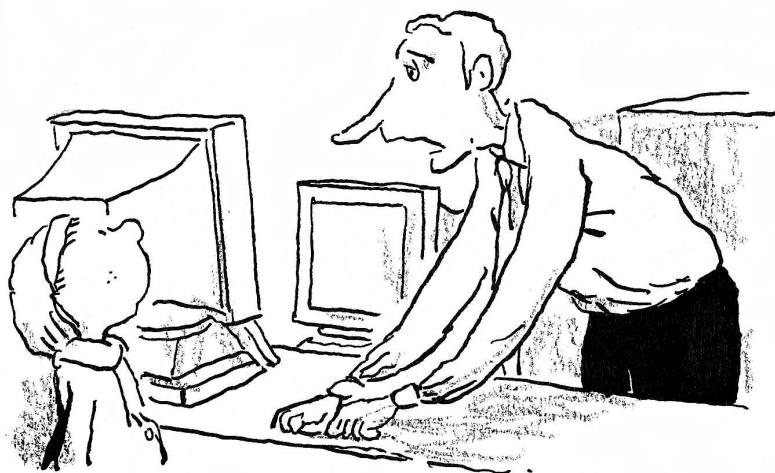
Cuanto más nos acercábamos a la tienda, más nerviosa me iba poniendo. Era la misma sensación que cuando sabía que nos iban a devolver algún examen en clase.

Fede y Charly ya nos estaban esperando allí. Por suerte no se habían traído a Precioso. Creo que aquella tarde no hubiera soportado verlo.

Papá nos ayudó a transportar el ordenador a la tienda, pero después se marchó en seguida afuera. Yo sabía por qué lo hacía. Quería demostrarnos que él no tenía nada que ver con el asunto.

La tienda era minúscula y estaba repleta de artilugios de esos que hacen latir más rápido el corazón de los fanáticos de la informática. Nosotros éramos los únicos clientes.

—Hola, chicos —nos saludó el mismo hombre



que nos había vendido el ordenador—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

Yo señalé mi torre.

—Está rota y queríamos preguntar cuánto podría costar la reparación.

El hombre salió del mostrador y le echó un rápido vistazo a mi precioso ordenador.

—Oh, oh —dijo levantándolo sin más explicaciones y llevándoselo al taller.

—¿Oh, oh? —repitió Charly—. ¿Qué habrá querido decir con eso?

—Ni idea —contestó Rabanito—, aunque seguro que no es nada bueno.

Sin embargo, el hombre sonreía cuando poco después volvió a salir del taller.

—Chicos, creo que habéis tenido suerte. Aparte de la fuente de alimentación, no parece que tenga estropeado nada más. Por cierto, ¿qué le ha ocurrido al aparato?

—¡Se ha mojado! —dije yo rápidamente, antes de que alguno de los otros contara la vergonzosa historia.

—¿Y cuánto costará la reparación? —planteó Fede la decisiva pregunta.

El vendedor se rascó la barbilla.

—Bueno, con trescientos puede que os llegue.

—¿Trescientos? —exclamé yo—. ¿Tan caro?

—¿Qué pasa? ¿Que no tenéis tanto dinero, no?

Casi a la vez movimos todos la cabeza negativamente.

El vendedor suspiró.

—Doscientos cincuenta, pero sólo porque me lo habéis comprado a mí.

—Es que tampoco tenemos tanto —dije yo en voz baja.

—Bueno, tal vez vuestros padres os den lo que os falta.

Cuando volvimos con la torre al coche, únicamente dije:

—¡Doscientos cincuenta!

—Podría haber sido peor —contestó papá.

¿Peor? Si él sabía perfectamente que nosotros nunca podríamos conseguir tanto dinero... Por algo es él quien nos da todos los meses la paga.

—¿No podríais pagarlo vosotros? —preguntó Rabanito, una vez más en mi nombre.

Papá le miró primero a él y luego a mí.

—Mamá y yo estuvimos hablando anoche sobre esto y podemos pagaros la reparación como regalo de Navidad. A cambio, deberéis renunciar a otros regalos.

Rabanito respiró hondo y no dijo nada.

—¡Pero si ya hemos pedido otras cosas! —exclamé yo.

—Ya —dijo papá—. Pero todo no puede ser. O la reparación o los regalos que habéis pedido.

Estuve a punto de aceptar, pero algo me retuvo. Posiblemente fue el orgullo.

—No —dije finalmente—. Ya reuniremos el dinero de alguna forma. ¡Y si no, ahorraremos!

Papá asintió.

—Como queráis.

Mientras volvíamos a cargar la torre en el maletero, nadie dijo nada más.

—Bueno, entonces, hasta mañana en el colegio —se despidió Charly como si tal cosa, y se marchó con Fede.



De camino a casa tenía una horrible rabia en la boca del estómago. No sabía exactamente qué es lo que me daba tanta rabia. Y eso me ponía aún más furiosa. Para cuando llegamos a casa, tenía ganas de mandarlos a todos de una patada a la luna: a mis padres, porque no querían pagar la reparación; a Precioso, por mearse en mi adorado ordenador; y naturalmente a Charly, sin cuyo juego no hubiera ocurrido nada de todo esto.

### ***Jueves, 3 de diciembre***

Cuando nos encontramos en el patio del colegio antes de clase, Charly puntualizó algunas cosas:

—Fede y yo decidimos ayer que no os vamos a dejar colgados —dijo en seguida.

—¿Y eso qué significa? —quise saber.

—¡Pues está muy claro! Que también intentaremos reunir el dinero —Charly sacó una nota de su bolsillo—. Mira, yo ya le he estado dando vueltas a la cabeza.

Eso era típico de Charly. Él no podía dejar nada al azar.

Cogí la nota y la leí:

1. *Preguntar a los abuelos y a los padres.*
2. *Vender cosas valiosas.*
3. *Cobrar una recompensa.*
4. *Aceptar un trabajo.*

—¡Eh, tío, eh! —exclamó Fede, después de leerla él también—. ¿Qué cosas valiosas vamos a vender?

—¿Y por qué quieres cobrar una recompensa? —preguntó Rabanito.

Charly levantó las manos.

—¡Despacio! Una cosa detrás de la otra. Cuando hice la lista, estaba pensando en algo.

—¿Que tú has pensado? —le interrumpí—. Eso sí que es una novedad.

Cuando Charly suelta frases de ese tipo, cosa que hace con frecuencia, no puedo remediar llevarle la contraria. Porque si no, un buen día se va a creer de verdad que es algo así como nuestro jefe.

Charly está bastante acostumbrado a mis salidas, así que continuó hablando como si nada.

—En primer lugar he puesto lo que es más fácil, y en último lugar, lo que da más trabajo.

—¡Eh, tío, eh! Trabajar siempre es lo que da más trabajo.

Tengo que reconocer que Fede poco a poco va aprendiendo.

—O sea, que opinas que deberíamos actuar de arriba abajo, ¿no? —quiso saber Rabanito.

Charly asintió.

—Así es, colega.

—Estefi y yo ya les hemos preguntado a nuestros padres.

—Eso ya lo sé. Pero Fede y yo aún no. Aunque yo ya sé lo que me van a decir los míos, pero al menos deberíamos intentarlo. Y luego también están las abuelas y los abuelos.

—Está bien —dije yo—. Esta tarde llamamos todos a nuestros abuelos. Y mañana ya veremos cuál ha sido el resultado.

—¡Eh, tío, eh! ¿Puedo preguntarte ya qué cosas

valiosas quieres vender? Porque yo no tengo nada valioso. Y aunque lo tuviera, ¿quién iba a comprarlo?

Charly señaló a su alrededor.

—Aquí hay tipos suficientes, ¿no?

—Sí, tipos que están tan pelados como nosotros —añadí yo—. ¡Jo, tío, dentro de un par de semanas es Nochebuena, y tú sabes perfectamente la cantidad de dinero que se va en regalos!

Charly mostró su desacuerdo con un gesto de la mano.

—Algunos de aquí tienen pasta suficiente. De eso estoy seguro.

—Sigue quedando la pregunta de qué les vamos a vender —dijo Rabanito.

—¿Es que no tenéis nada? ¿Qué me dices de tus tebeos, Rabanito?

—¿Estás loco? —exclamó mi hermano—. ¡Por encima de mi cadáver! ¡Vende tú algo!

—Si ya he estado pensando, pero a mí tampoco se me ha ocurrido nada que pueda vender sin que mis padres se suban por las paredes.

También Fede movía la cabeza.

—En mi caso os encontraréis con un agujero negro. Nada.

—Entonces llegamos al punto 3: «cobrar una recompensa» —dijo Rabanito en tono burlón.

Excepcionalmente, Charly captó que no le estábamos tomando en serio.

—¡Pues está bien claro! —exclamó, cuando también Fede y yo nos lo quedamos mirando con cara de interrogación—. ¡Sólo tenemos que esforzarnos más para resolver algún caso! Y entonces cobraremos la recompensa.

—Si tengo que esperar a eso, ya puedo tirar mi ordenador directamente a la basura.

—Pues sólo queda que busquemos algún trabajo —dedujo Fede.

—Por el momento, esperemos hasta saber cuánto dinero nos aporta la acción «padres y abuelos» —propuso nuestro jefe—. ¿O es que tenéis ganas de trabajar?

Sobre ese punto nos pusimos rápidamente de acuerdo.

Rabanito y yo entramos en acción nada más

terminar de comer. Llamar por teléfono nos pareció demasiado peligroso. Mamá y papá no tenían por qué enterarse de todo. Como tanto los padres de mamá como los de papá vivían en la ciudad, fuimos a verlos en bici.

Cuando volvimos a casa, ya al atardecer, nos salían los bizcochos y las galletas por las orejas, y nuestra riqueza había aumentado en treinta euros.

—No está nada mal —opinó Rabanito cuando, después de cenar, estábamos sentados en su habitación contando nuestra fortuna—. Si Charly y Fede han recibido tanto como nosotros, habremos avanzado un buen trecho.

### ***Viernes, 4 de diciembre***

Al igual que el día anterior, Charly y Fede ya nos estaban esperando cuando nosotros llegamos al patio del colegio. Bastó una mirada a sus caras para comprender que los milagros sólo suceden en los cuentos.

—Treinta y cinco —dijo Charly.

—Doce con setenta y cuatro —añadió Fede.

—¿Doce euros setenta y cuatro? —repitió Rabanito—. ¿Cómo has conseguido eso?

—¡Eh, tío, eh! Que yo sólo tengo una abuela, y ella me ha dado su colección de céntimos.

—En resumen, ¿cuánto tenemos ahora entre todos? —quise saber yo.

Charly sacó un papel y empezó a sumar.

—Ciento dieciséis euros con veinticuatro.

Aunque no supuso ninguna sorpresa para mí, me asusté.

—¡Así que todavía faltan casi ciento cuarenta euros!

—¡Eh, tía, eh! ¡Y además tenemos que comprar los regalos de Navidad!

—No nos queda otro remedio que buscar un trabajo —propuso Charly, como si no hubiera cosa más fácil que ésa.

—¿Y cómo lo vamos a conseguir, listillo? —empecé a meterme con él.

¡Con esos aires que se da, me pone de los nervios!

—Yo ya he pensado en algo.

—¡Eh, tío, eh! ¿No puedes decirlo sin tanta intriga?

—A veces leo los anuncios del periódico, por si alguien busca a un detective, y me he dado cuenta de que algunas empresas buscan también a estudiantes para trabajos durante las vacaciones y cosas así.

—Pero nosotros aún no tenemos vacaciones —dijo Rabanito.

—¿Y qué más da? A lo mejor sale algo para hacerlo por las tardes.

—¡Eh, tío, eh! Rabanito, tú has cuidado alguna vez al crío de tus vecinos. ¿No podríamos volver a hacerlo?

Rabanito movió la cabeza.

—Desde que estoy en Charly & Company ya no tengo tiempo para eso. De modo que Basti ahora tiene un nuevo canguro.

—Entonces sólo quedan los anuncios de trabajo del periódico —dijo Charly—. Mañana es sábado. Es el día que más anuncios hay.